



Alma Rodríguez

Reflejo

Manuel Rodríguez • 1926-1996

REFLEJO

Manuel Rodríguez visto a través de la niña de sus ojos

*Alma Patricia Rodríguez Garza
Diciembre 2006*

CAPITULO I

Mi papá era de ese tipo de personas a las que todo el mundo respeta y admira pero, sobre todo, quiere.

Cuando murió, llegó al velorio un camión con sus alumnos de la Facultad de Biología; eran unos veinticinco muchachos entre dieciocho y diecinueve años. Uno de ellos se adelantó, me abrazó y comenzó a llorar desconsolado sobre mi hombro. “Era como mi abuelito”, me decía. Yo devolví el abrazo tratando de consolarlo. En ese momento, otro de los muchachos lo separó y dijo, “espérate, no molestes a la señora”. Luego dirigiéndose a mí agregó: “la verdad es que sentimos mucho lo del doctor, fue poco el tiempo que lo tratamos pero muchos nos encariñamos con él”. Los demás muchachos siguieron pasando, uno tras otro, a darme el pésame. Al terminar les dije: “agradezco mucho que vinieran, me agrada que hayan tenido la oportunidad de conocer y tratar a mi papá aunque fuera tan solo por unos pocos meses” ¿Qué les puedo decir yo? Definitivamente, él era alguien especial.

Manuel Antonio Rodríguez Quintanilla nació en Nuevo Laredo Tamaulipas en 1926, su papá era ingeniero mecánico y su mamá maestra; fue el mayor de seis hermanos, tres hombres y tres mujeres.

Mis tías cuentan que era un niño muy bueno y estudioso. Incluso, una de ellas me comentó que le apodaban “El Ángel”. Le gustaba armar avioncitos de madera y curar a su gato “Pirata” cuando regresaba herido. Asistía con su papá a uno que otro juego de béisbol. También, junto con él, analizaba en un mapamundi las estrategias de los Aliados durante la Segunda Guerra Mundial.

En su adolescencia conoció la vida de Luis Pasteur y pensó, “Yo quiero ser como él”. Y vaya que lo logró. Terminando la preparatoria se fue a Monterrey N.L. a la Facultad de Ciencias Químicas; obtuvo el título de Químico Farmacobiólogo. Trabajó como maestro desde los primeros años de estudiante y, lo más importante, conoció a su “Prieta”, Alma Carmina. Obtuvo una beca para hacer la maestría en microbiología médica en la Universidad de Michigan en Estados Unidos. Estando allá, extrañó mucho a su novia y aprovecharon unas vacaciones de Navidad para casarse un veintiséis de diciembre. Como mi mamá tenía la misma profesión y excelentes calificaciones, consiguió una beca para el posgrado y partieron juntos a continuar sus estudios.

A los cuatro años regresaron a Monterrey, abrieron un laboratorio clínico junto con algunos colegas. Se dedicaron a trabajar y a tener familia: tres varones y una gentil princesita, “tan bonita Margarita, tan bonita como tú”. Nosotros crecimos como todos los hermanos jugando y peleando; mi hermano mayor me molestaba a mí y yo molestaba a mis dos hermanos menores, pero ahora las cosas son diferentes, nadie molesta a nadie y, por alguna misteriosa razón, los tres son ahora más altos y también mayores que yo.

Papá siguió trabajando en la universidad pero ahora en la Facultad de Medicina. Lo nombraron Jefe del Departamento de Microbiología. Sus amigos dicen que, cuando él llegó ahí, solo existía un escritorio y un microscopio. Cuarenta años después, el departamento contaba ya con tres pisos en los que se incluían: laboratorios de prácticas para químicos y médicos, áreas de servicio,

diagnóstico e investigación, así como programas de postgrado para la obtención de grados académicos de especialidad, maestría y doctorado.

En la facultad también ocupó cargos como el de Jefe de Estudios de Posgrado de Medicina y en la rectoría de la universidad fue miembro del Consejo Universitario y Jefe del Departamento de Estudios Superiores, este último puesto se le asignó tres veces bajo la autoridad de rectores con muy diferentes ideologías. Estos señores al comenzar su período renovaban el organigrama pero a mi papá siempre le pedían que siguiera en su puesto. Él no era político ni problemático, simplemente amaba hacer su trabajo. Recuerdo en una ocasión en la que uno de los rectores, sabiendo que papá hablaba un excelente francés además de inglés y algo de alemán, lo invitó a acompañarlo a París Francia como interprete para cerrar un convenio de intercambio académico con la Sobona, una de las universidades mas prestigiadas de Francia. Mi papá le preguntó al rector que a qué hora estaba programada la reunión, cuando él le contestó que sería en el transcurso de la mañana, le dijo: Bueno, sí voy, pero con la condición de que en la tarde me des “chance” de ir a visitar a mi “raza” del Instituto Pasteur. Él era de las personas del ambiente científico mexicano que entraba a ese lugar con toda confianza. Al recibir una respuesta afirmativa a su demanda partió rumbo a París en donde permaneció solamente un día. Obviamente, pasó más tiempo en el avión que en la Ciudad Luz.

A consecuencia de su gran afición al trabajo, El Dr. Rodríguez como la mayoría de la gente lo llamaba, constantemente viajaba. Cuando era niña, yo lo extrañaba mucho, iba a su recámara y ponía mi rostro en su ropa para recordar su aroma, para mí un olor muy característico de él era el de su cabello. Como lo tenía muy rizado lo usaba corto y todo peinado hacia atrás, bien embarrado de brillantina. Me encantaba acariciarlo; yo le decía que parecía un borreguito y continuamente le preguntaba: “Papi, ¿por qué estás tan bonito? Él me decía “es que mi mamá me maquillaba de chiquito”.

Mamá lo acompañaba a casi todos los viajes. Aunque algunos eran de placer, la mayoría eran a congresos o simposiums a los que iba a dar conferencias, cursos o a exponer trabajos de investigación. También asistía a montones de reuniones de asociaciones nacionales o internacionales de químicos, microbiólogos o infectólogos de las cuales era fundador, presidente, asesor o coordinador. Ustedes hagan la combinación que quieran. Por ejemplo: presidente de la Asociación Nacional de Microbiólogos. Bueno, él estuvo ahí; incluso fue representante de la U.N.E.S.C.O. de la zona norte de el país.

También hacía viajes para recibir premios pero ahí sí que ocurría algo muy raro: nunca nos enterábamos de éstos a menos que mi mamá o alguien más nos lo comentara. Nunca le gustaba platicar de ese tipo de cosas, me imagino que los amigos con los que se juntaba en otras partes de la República eran parecidos, ya que una vez comentó que uno de ellos recibió una medalla; la puso en el bolsillo de su pantalón y unas horas después, la dio accidentalmente como propina en una gasolinera.

Aún con todo el trabajo que tenía, se daba tiempo para llevarnos el fin de semana a los juegos mecánicos, a los columpios del parque, a visitar a mi abuelita o simplemente a tomar una nieve. En el verano o en Semana Santa, nos llevaba a Laredo a ver a su mamá, o a la playa en la Isla del Padre. En una ocasión que mi hermano y yo nos subimos a la rueda de la fortuna, recuerdo que estábamos apanicados porque en ese momento descubrimos que le teníamos miedo a las alturas. Yo volteaba y veía desde allá arriba a papá leyendo y haciendo notas en una libretita con una tranquilidad que hasta el miedo se me quitó. Él siempre estaba haciendo algo, escribiendo, repasando, leyendo, pero nunca lo hacía acelerado o como una persona hiperactiva; todo lo contrario, siempre hacía las cosas despacio, con paciencia y de preferencia silbando. Le encantaba silbar, mamá dice que él podía hacerlo en dos tonos diferentes, al mismo tiempo. La verdad yo no me daba cuenta de eso, pero lo que sí puedo asegurarles es que me fascinaba escucharlo, interpretaba

principalmente marchas y música clásica de la cual era un enamorado. De él aprendí a escucharla y disfrutarla.

Poseía un excelente oído musical. Cuando llegó a Monterrey vivió en la casa de una tía en donde conoció al director de la sinfónica de la ciudad. Él le pedía que por favor escuchara a sus muchachos para que le dijera quién estaba fuera de tiempo o desafinando, a pesar de esto, el único instrumento que yo me enteré que tocara fue la armónica. De vez en cuando, interpretaba una que otra melodía que yo escuchaba como si fuera una obra maestra. Un día, le regaló su armónica a mi hermano mayor, recuerdo perfectamente cuando él abrió el paquetito y su cara de felicidad al verla, bueno, yo creo que de felicidad ahora pienso que tal vez era de “qué voy a hacer con esto”; pero en fin, para mí esa imagen fue como la de un rey que le entregaba una joya de la familia a su primogénito.

En las mañanas acostumbraba salir a caminar para ejercitarse un poco y respirar aire fresco. Le gustaban mucho los deportes aunque no los practicaba probablemente porque tenía un problema de estrabismo en un ojo que lo obligó a usar lentes desde muy pequeño. Los conocía casi todos, sus reglamentos, los mejores equipos, etc. Su favorito era el fútbol y su equipo los Rayados del Monterrey.

Otra de sus principales aficiones era la lectura, siempre veías en la cabecera de su cama o en su estudio libros de historia, de religiones, de análisis social o político, novelas clásicas, etc., obviamente no podían faltar volúmenes de como seis o siete revistas científicas que recibía mensualmente. Tan pronto llegaban, empezaba a revisarlas y a subrayar títulos de diferentes artículos. Eran como sus minas de oro. Incluso, algunas de las colecciones las mandaba encuadernar y membretar; las llevaba a la universidad para que los alumnos las usaran como referencias.

Cuando daba clases le encantaba iniciarlas con detalles especiales; una anécdota, un chiste o a veces escribiendo en el pizarrón un palíndromo como “Anita lava la tina”. Me contaba que los alumnos se emocionaban mucho e incluso algunos de ellos contribuían

ampliando su repertorio. También bromeaba con ellos enseñándoles términos científicos inventados por él y sus amigos a partir de raíces grecolatinas, como el de “palatoadhesoaraquinobutirofobia” cuyo significado es: miedo a que la mantequilla de cacahuete se te pegue en el paladar. Le gustaba mucho utilizar refranes y frases célebres una de sus favoritas: “la paciencia trae rosas”.

Con mis hermanos y yo también bromeaba y jugaba mucho pero más que todo nos ayudaba cuando teníamos dudas escolares; era un maestro de vocación. Bueno, era tan bueno que a veces hasta me daba miedo preguntarle algo porque a él no le gustaba que solo memorizaras las cosas sino que realmente las entendieras. A veces, por una cuestión que tú creías muy sencilla, se podía entretener un buen rato en explicártela hasta que quedaba totalmente seguro de que la comprendías. Primero te daba antecedentes de la respuesta, después datos generales y diferentes opciones para que tú mismo pensaras cual era la correcta y, finalmente, una que otra conclusión y nuevas perspectivas para solucionar dudas futuras.

Como si todavía no fuera bastante lo que les he contado, quiero agregar que papá era un excelente chef; adoraba cocinar y todo lo que preparaba le quedaba delicioso, fuera un machacado con huevo o el pavo de Navidad. Le encantaba ir los domingos por la barbacoa y preparar un piquito de gallo o una buena salsa. Otras veces, unos ricos hot-cakes a los que les ponía nuez picada o rebanadas muy delgaditas de plátano, siempre estaba inventando o ensayando recetas de platillos que conocía en sus viajes.

En las mañanas le gustaba preparar su desayuno; un poco de fruta en un platito, luego un huevo guisado en otro, pan tostado y no podía faltar su buena taza de café. Generalmente le gustaba subirlo en una charola a su cuarto para ver las noticias; otras veces, se quedaba en la cocina o salía al jardín a disfrutarlo. En una ocasión lo vi observando a unos gatitos negros que jugueteaban entre las sillas de la terraza, mis hermanos y yo siempre habíamos querido atraparlos para acariciarlos y jugar con ellos pero, aún sobornándolos con algo

de comida, no lográbamos hacerlo. Cuál sería mi sorpresa cuando papá tomó un pedazo de su pan tostado, lo remojó en un poco de leche y salió a dárselo a los mininos. Los animalitos, en lugar de correr a esconderse como normalmente lo hacían, se apresuraron a pasearse por entre los pies de papá ronroneando y deslizándose sobre sus pantuflas; él les dio el pan y les acarició la cabecita. Yo no salía de mi asombro pues jamás me hubiera imaginado que vivía con la versión moderna de San Francisco de Asís y, aunque me estaba muriendo de ganas de ir a tocarlos, preferí quedarme a contemplar una de las escenas mas tiernas que he visto.

Algunas veces debido a su afición por la comida papá tenía sobrepeso y además padecía hipertensión. Un día estando yo en la preparatoria, sufrió un infarto en uno de sus tantos viajes. Afortunadamente fue algo leve. Sin embargo, las indicaciones del médico fueron, entre otras, que tenía que bajar de peso lo más pronto posible. Personalmente, me encargué de su dieta, le preparaba las comidas tal y como lo había encargado el doctor, logrando el objetivo en poco tiempo. Siento que ese fue el primero de muchos trabajos en equipo que realizaríamos durante los siguientes años juntos.

CAPITULO II

El momento de entrar a la universidad fue algo confuso, la carrera de químico que yo quería estudiar se impartía en la Facultad de Biología. Papá me llevó a conocer la escuela y, al presentarme al director para que me familiarizara con el ambiente, me sentí rara; yo tenía la idea que todas las facultades de la universidad eran como la de medicina. La conocía muy bien porque los domingos acostumbraba acompañarlo a revisar material de trabajo. Al verme tan desilusionada, me dio una sorpresa: me mostró el programa de estudios de la carrera de químico que ofrecían en medicina. Me inscribí de inmediato sabiendo que una de las mayores ventajas era que estaríamos más tiempo juntos.

Desde el primer día de los diez años que permanecí en esa escuela estudiando la carrera, el posgrado y después trabajando, recuerdo como si fuera hoy el orgullo que sentía al entrar en el edificio caminando a su lado, viendo como él saludaba con una sonrisa a la gente que se encontraba a su paso; bromeando y dándole la mano con el mismo entusiasmo a todos desde el director hasta el afanador; a amigos de siempre o a personas a las que veía por primera vez. Era impresionante escucharlo preguntar cómo les había ido con tal o cual problema, cómo estaba algún familiar en especial o simplemente decirles algún chiste o comentario para alegrarles el

día. Al saludar a alguna secretaria o maestra en estado de embarazo, siempre decía: “¿Cómo están ustedes?”. Solo a dos tipos de personas se les puede saludar en plural, a las mujeres embarazadas y a los pacientes con solitaria.

Cuando por fin llegaba a su departamento, su saludo era siempre alegre. El personal de microbiología sabía cuándo papá se acercaba porque escuchaban el sonido de sus llaves, de monedas en sus bolsillos o, simplemente, alguna melodía que venía silbando. “¡Ave María Purísima!”, se le escuchaba decir con voz fuerte desde la entrada. “¡Sin pecado concebida doctor!”, contestaba su secretaria o alguno de los químicos o estudiantes que anduviera por ahí. Otras de sus típicas frases de saludo eran: “¡Quiubo raza! ¿Ya llegaron las empanadas de calabaza?”. Y su favorita: “Disculpen, de casualidad, ¿no me ha llamado Olguita Breeskin?”. Papá tenía una especial devoción por Olga Breeskin; mucho mayor de la que pudo haber tenido por el Ave María. Él nos contaba que, cuando estuvo de estudiante en el Hospital Infantil de México, acostumbraba ir con sus compañeros a tomarse un café a un lugar que estaba cerca de ahí. Casualmente, el señor Breeskin, padre de Olga, amenizaba las noches en ese café tocando magistralmente el violín. “Y por ahí, veías siempre a Olguita”, decía papá, “brincando y echándose maromas ya desde chiquita le gustaba andar enseñando los calzones”.

Después de saludar, pasaba a su oficina. A través de cuarenta años, tuvo muchas pero la última que recuerdo es una pequeña donde cabía su escritorio, su sillón y dos sillas extras para cuando alguien quería tratar algún asunto con él. Tenía su típica foto de generación, un magnífico cuadro en bronce de Luis Pasteur y algo muy peculiar: un pequeño cuadrado con un marco rojo que tenía un tapón de corcho y decía: “¡Diarrea!”, en caso de emergencia rompa el cristal. Yo trato de imaginarme ahora la cara que ponían todos esos jefes de departamento, supervisores y alumnos de posgrado que solicitaban su ayuda como asesor de tesis. ¿Qué pensarían cuando llegaban con toda seriedad a hablar con papá y veían ese cuadrado rojo? Tengan

por seguro que el hielo definitivamente se rompía aun antes de iniciar la conversación.

Los únicos casos en los que yo recuerdo haber visto salir a alguien decepcionado de esa oficina, era cuando los alumnos se acercaban para pedir puntos extras con el fin de aprobar alguna de las materias que impartía el departamento. En esas ocasiones la negativa era implacable. “El que quiera aprender que estudie”, decía. Una vez, me contó de un alumno que le fue a pedir que, por favor, le diera dos puntos para poder aprobar micro. Papá revisó el expediente del muchacho y le dijo, “¿para qué quieres dos puntos si tienes sesenta y tres y el pase es setenta?”. El joven le contestó: “porque con dos puntos ya tendría sesenta y cinco, ¡y eso... ya se redondea a setenta doctor!”. En mi opinión, fue un buen intento del muchacho pero, en casos como ese, todos sabíamos que al “Bicho”, como muchos lo apodaban, no le sacabas ni un punto más que estudiando.

En los primeros años que estuve con él en la facultad, recuerdo haberme hecho pasar de incógnita entre alumnos y maestros para escuchar la opinión que la gente tenía de él. Todo el tiempo, ésta fue positiva, con excepción de un caso en el que alguien del personal estaba enojado pues lo suspendieron un tiempo de sus actividades por abuso de confianza. Al preguntarle el por qué de no haberle dado otra oportunidad, él me contestó citando a alguno de aquellos hombres célebres que admiraba tanto: “Las cabezas de los traidores deben de ser cortadas y exhibidas para que nadie más piense en repetir su proceder”. La imagen que reflejó ante mi en ese momento no tenía nada que ver con el hombre tierno que yo conocía, con ese jefe amable y cordial que, por las tardes, ya cansado de trabajar todo el día, citaba a su personal a juntas a las que él acudía en calcetines, (¡sí, en calcetines!). Entraba caminando tranquilamente y les decía a todos: “¿les gustan mis zapatos? ¡Son especiales, solo la gente inteligente puede verlos!”

En la rectoría de la universidad las cosas probablemente eran un poco diferentes. Después de todo, se trataba de un puesto con más

autoridad y, desde luego, mayor responsabilidad. En ese lugar, yo no conviví mucho con él. Las únicas veces en las que llegue a acompañarlo a esa oficina fue cuando yo tenía que hacer el pago de mis colegiaturas en el primer piso de ese mismo edificio. Siempre llegaba con la esperanza de que papá me hiciera “la pala” con el de la caja de cobro y me ahorrara el formar la larga fila de alumnos que tenía que hacer para llevar a cabo el trámite. Pero mis esperanzas y aún mis súplicas siempre fueron inútiles porque todo el tiempo me obligaba a incorporarme a ella diciéndome: “No *mijita*. Tú fórmate como todos los demás. Al ratito vengo por ti”. Luego lo veía alejarse y saludar casi de pellizco y nalgada al tipo al que cuarenta y cinco minutos después yo habría de estar haciendo mi pago. En alguna ocasión de esas pensé: “¿por qué papá me querrá dar clases de urbanidad en pleno mediodía y a casi cuarenta grados de temperatura?”.

Pero así era él; siempre encontraba el momento oportuno para la enseñanza o el consejo exacto. Su mirada era tranquila y su voz suave y pausada. Nunca gritaba, nunca se exaltaba. La peor frase que le escuche decir fue: “¡No puede ser, no puede ser!” en una ocasión en la que una cajera del súper lo hizo escribir su firma casi diez veces en un papelito porque, según ella, la que él había escrito en el recibo no era igual a la de su tarjeta de crédito.

Era una persona muy respetuosa de la vida personal de los demás; no le gustaba criticar ni opinar acerca de los problemas ajenos. Si alguien pedía su opinión, la daba siempre de una manera impersonal haciendo un análisis de la situación desde afuera, imparcialmente, sin criticar ni ofender a nadie. Una vez que me encontró llorando porque me peleé con un novio (con el que por cierto ahora tengo tres hijos), me tomó de la mano, acarició mi cabello y me aconsejó: “no permitas que tu vida gire alrededor de los demás sino que todo lo demás gire alrededor de tu vida, porque entonces sería como si quisieras que el núcleo girara alrededor de los electrones y lo único que conseguirás será la falta de equilibrio. Tú ten fe”. No existe una sola persona en este mundo que haya conocido a mi papá que no

escuchara alguna vez salir de sus labios la frase: “tú ten fe”. No importa qué tan grande o pequeño, o qué tan serio o ridículo fuera el problema, la frase final de sus consejos siempre era esa.

Algo en lo que más fe tenía era en la gente. Cuando le pregunté cómo hacía para tener tan buena relación con cada uno de los empleados que había en el departamento, me contestó: “lo importante es conocer a la persona y pedirle lo que tu sabes que puede dar. Después un poco más para que se esfuerce y crezca, aunque a veces para lograrlo necesites de mucha paciencia”. “Chata, habla el Dr. Rodríguez, ahorita va ir mi secretaria a recoger unos papeles”. “¡Ay chaparro. no empieces con tus bromas otra vez! Siempre me estas engañando porque imitas muy bien la voz de el doctor”. “No chata. De veras soy el Dr. Rodríguez y mi secretaria...”. “Ya chaparro, déjame trabajar en paz!” “¡Esta bien chata, soy el chaparro! Solo hablo para decirte que la secretaria del Dr. Rodríguez va a ir al ratito a recoger unos pape...” ¡Ay doctor! ¿Sí es usted verdad?” “Si chatita, soy yo”.

Su principal estrategia para hacer crecer a la gente era descubrir expertos. Así, encontraba siempre gente experta en archivar, en hacer coprocultivos, en cambiar focos e, incluso, en preparar chorizo con huevo. Era imposible no apreciar y respetar a alguien que siempre confiaba en ti; que constantemente te estaba recordando lo bueno que eras para tal o cual cosa. O cómo te podías negar a hacer lo que te pedía si tu eras la persona que podía hacerlo mejor en todo el mundo. Incluso, cuando llegabas a equivocarte o a olvidar algo, su estilo para llamar la atención era muy sutil. En las escasas ocasiones en las que yo decía alguna atrocidad, se quedaba callado y más tarde cuando estábamos solos me decía: “¡Ay hijita! Desperdiciaste una estupenda oportunidad para quedarte callada”. Su frase celebre para cuando las cosas no salían como uno las había planeado era: “no te preocupes, total, ¿qué es lo peor que puede pasar? Acuérdate que lo único que no tiene solución en esta vida es la muerte”.

CAPITULO III

Cuando papá murió no pude llorar. O más bien, no quise. Mi deseo era que se sintiera orgulloso de mí. Que desde donde se encontrara me viera hacer bien las cosas como a él le hubiera gustado: sin teatritos ni escenas de sentimentalismo, que me viera atendiendo formalmente a todas las autoridades universitarias o familiares que se presentaran a darnos el pésame.

Recordé cuando la mamá de él falleció: nunca lo vi triste ni lo vi llorar. Todo el tiempo estuvo tranquilo, sereno. Yo lo abrazaba pensando que por dentro sufría por ella. Pero tal vez no era así. Para él, la muerte era algo tan natural como la vida.

Cuando me casé y vine a vivir a Monclova, estar lejos de papá fue una de las cosas que mas me dolió porque, a pesar de que todas las semanas hablábamos por teléfono y no pasaba más de un mes sin vernos, la relación entre nosotros nunca volvió a ser igual. Ya no me platicaba tanto de sus cosas y de sus problemas en la universidad, probablemente para no preocuparme, sin embargo yo hacía lo contrario, siempre le hablaba para que me aconsejara como adaptarme a un medio que económica, social y culturalmente era tan

diferente al que yo estaba acostumbrada, en donde lo importante ya no era saber si el paciente había o no desarrollado inmunidad hacia alguna toxina, sino si las servilletas amarillas combinarían o si la anfitriona se ofendería por que no aporté lo mismo que las demás en la despedida de soltera. Él, como el excelente hombre de ciencia que siempre fue, me sugería: “ya deja de preocuparte por pendejadas (y eso que no decía malas palabras). Ponte a hacer cosas productivas hijita”. Como siempre, seguí su consejo.

Aproximadamente, una año antes de fallecer me contó que recibió una llamada del rector, un ex-alumno de él, preguntándole qué pasaba por que tenía un aviso de la dirección de la facultad de medicina solicitando la jubilación de papá. Aparentemente, alguien que había adquirido algunos privilegios, más bien políticos que académicos, estaba interesado en su puesto. Como papá ya tenía la edad y la antigüedad para la jubilación, los directivos de la facultad en ese momento decidieron que era el momento de que se retirara. Es irónico como, en un mundo tan “evolucionado” como el nuestro, el construir todo un imperio educativo a través de cuarenta años a base de trabajo no pesó más que apoyar a alguien a subir a un puesto directivo. Después de confirmar la noticia en la dirección, el Dr. Rodríguez, con la mayor decepción de su vida a cuestas y con la entereza de un hombre de verdad al frente, se dirigió de nuevo al rector para exponerle que no quería irse de la universidad. Éste le propuso entonces transferirlo a la Facultad de Biología como maestro de pre y posgrado. Papá aceptó.

Al escucharlo relatar lo anterior, sus palabras se fueron adentrando por mis oídos, después por mi cerebro y acabaron enterrándose en mi corazón. En ese momento, imaginé su pecho estremecido y duro por la pena; una pena que no dejaría salir jamás. Solamente la expresaría con esas exactas palabras: “que pena “. Era todo lo que llegaba a decir cuando algo le hacía sufrir. Después de todo, ¿quién dijo que la vida era justa?

Durante todo ese año, cada vez que hablaba con él preguntándole como andaban las cosas siempre me contestaba que todo estaba bien; jamás hacía comentarios de su cambio y, aunque yo lo incitara a desahogarse de la desilusión de haber salido de aquella forma de la facultad, él solo me platicaba los planes y proyectos que tenía y lo bien que todo mundo lo trataba en biología. Tanta felicidad no podía ser verdad porque, aunque se encontraba en un ambiente que lo recibió con cariño, no era el suyo. Además, sus constantes visitas a medicina para asesorar las tesis de sus alumnos y terminar algunos cursos pendientes, probablemente lo hacían ponerse más triste; aunque como siempre, no lo demostrara. Él aprobó cada ladrillo y el diseño de laboratorios, elaboró los manuales de trabajo y formuló los programas de estudio. Consoló a tesis frustrados; hasta ayudó con la camilla en la que llevaban al afanador cuando hubo un incendio en el laboratorio del tercer piso. Se llevó sus colecciones de libros, su cuadro en bronce de Pasteur y su cuadrado de marco rojo para casos urgentes de diarrea. Sin embargo, tantas cosas no cabían en su nueva e improvisada oficina, así que bastantes de ellas tuvieron que ser almacenadas junto con mucho de su ánimo y, también pienso yo, con algo de ganas de vivir.

Una noche mientras estaba acostada al lado de mi hija esperando a que se quedara dormida, meditaba en el día que papá viniera a visitarnos y a quedarse algunos días para platicar de tantas cosas interesantes que él sabía y hacía. De pronto, un pensamiento frío llegó a mi mente: “¿qué se sentirá que tu papá se muera?”. Pensar en eso me dejó desconcertada. Sin embargo, lo que más me impactó fue que la respuesta no se dejó esperar: esa misma noche, a las dos de la madrugada, mi esposo recibió una llamada telefónica de mi hermano anunciando que papá había fallecido hacía unos minutos de un infarto fulminante. Por fin, aquel dolor ahogado había llegado a su destino. Contrajo aquellas venas que ya no permitieron circular vida, por ese corazón triste y lastimado, ese corazón que en unos segundos dejó de latir. Así, sin prisa, sin miedo como aquella vez que lo vi desde la rueda de la fortuna. Al enterarme, comencé a gritarle que lo amaba. Lo hice tan fuerte que sentía que se me desgarraba la

garganta; quería que me escuchara donde quiera que estuviera, pero después me serene porque comprendí que él ya lo sabía. Yo me había encargado de demostrárselo toda la vida.

Camino al velorio recordé que dos días antes había hablado por teléfono con él. Nos pusimos de acuerdo para vernos quince días después en Laredo para festejar la Navidad. También pensaba que hacía dos semanas apenas, mi esposo, mis niños y yo habíamos ido a Monterrey, en esa ocasión papá estaba fuera de la ciudad; el domingo ya para regresarnos al estarnos despidiendo de mamá, él llamó del aeropuerto para avisar que acababa de llegar y me pidió que lo esperáramos en la casa para saludarnos antes de que nos fuéramos. Esa fue la última vez que lo vi.

Cuando era niña le dije una vez muy angustiada que no me quería morir. Él, como siempre, con su voz suave me consoló diciendo: “yo tampoco. A mi me hubiera gustado ser como una de esas piedras que los astronautas encontraron en la luna y que tienen millones de millones de años”. Ahora pienso que tal vez esos millones de años se necesiten para llenar el hueco que te deja en el alma el perder a tu mejor amigo; a tal vez la única persona que te amo tal y como eres sin buscar cambiarte, sin criticarte. Recuerdo al principio el impulso de quererlo llamar para consultarle alguna duda o pedirle algún consejo; la tristeza de no presentarle a mi tercer hijo en persona y tantas cosas más que lo único que aún hoy logran es formar un nudo de piedra lunar en mi garganta. Un nudo con el que lucho hasta tragarlo pensando así evitar que el recuerdo de papá salga de mi cuerpo escurrido en lágrimas para irse y no volver jamás. Como si esa opresión en mi pecho fuera el último vínculo palpable que me une a él. Con más fuerza aún que su amor, su ejemplo o el orgullo de saber que ahora existe un premio nacional de investigación que lleva su nombre.

En el velorio, se recibieron excesivos arreglos de flores. Las personas de las capillas contiguas se asomaban curiosas para ver a quién estaban velando. Acudió mucha gente: la familia, las autoridades universitarias, los amigos de toda la vida, los alumnos de siempre. ¡Ah! Y los que les dije del camioncito.

En la misa de cuerpo presente al dar el discurso de agradecimiento a los asistentes mis palabras fueron:

“Manuel Rodríguez no sólo un maestro de microbiología, sino un maestro de la vida”.

Por lo que a mí respecta, puedo garantizarles que yo era su consentida aunque... Pensándolo bien, no me acuerdo que él lo haya mencionado nunca. Es más, aunque seguramente lo hizo, vagamente viene a mi memoria que alguna vez me haya dicho que me quería mucho o frases de ese tipo. De lo único que estoy segura es que cada vez que pienso en él quisiera que mi corazón fuera como un espejo para que reflejara fielmente todo lo que papá puso ahí.

Alma Patricia Rodríguez Garza
Diciembre 2006